

Recordar, compartir, aprender

Oviedo

Argentina Prado, 88 años

Rebeca González, 22 años

TRABAJA PRIMERO, VIVE LUEGO

Aquella tarde de viernes por fin iba a conocer a Argentina, no puedo negar que estaba nerviosa. Hasta la fecha, sólo había conocido su nombre, su edad (88 primaveras) y su voz aguda a través del teléfono. Pero con eso le bastó para inspirarme confianza. Me imaginé a una anciana desvalida y triste, agotada después de tantos asaltos y penurias que le habría brindado la vida. Pero nada más lejos de la realidad.

Me adentré en el salón del centro social y la busqué con la mirada, pero ella encontró la mía primero y enseguida supo que era yo. Sin titubear, se levantó de su mesa y vino hacia mí, menuda y sonriente, y me regaló dos besos. “Qué jovial”, pensé. En cuestión de segundos abandonó la partida de cartas en la que se encontraba, cogió su silla, porque siempre se sienta en la misma, y la arrastró a su nueva mesa con su nueva compañía.

“Bueno, ¿qué quieres saber?”, me soltó repentinamente. Escudriñé su rostro arrugado, directo, tajante, pero sin perder la sonrisa ni por un instante. Parecía decidida a comerse el mundo. “¿Qué quiere que sepa?”, sonreí, a la espera. Ella controlaba la situación. “Eso es complicado teniendo en cuenta que soy la que probablemente tenga más arrugas de este salón”. Miré al resto y el resto la miraba a ella. Incluso un caballero se acercó a nuestra mesa para preguntarle amablemente cuánto iba a tardar en regresar a la partida de cartas. “No lo sé, un buen rato. Seguid sin mí”.

Dos horas. Y empezó a hablar.

Durante ese tiempo descubrí a una mujer que toda su vida se entregó al trabajo. Labradora desde los siete años y segunda madre para sus hermanos pequeños. Todos los demás fueron educados con maestros de pago, pero ella tenía que encargarse de las vastas tierras de sus padres. “Era para nosotros. Si no trabajas, no comes. Yo nunca me quejé de nada, cumplía con mi deber”. Sí, tenía muy arraigado el sentido del deber, tanto es así que pronto empezaron a pagarle un sobresueldo por incentivar al resto de compañeros de labranza.

Hasta en su tiempo libre trabajaba por puro ocio. Se reunía con sus amigas del pueblo, cada día en casa de una, para hacer jergones entre dimes y diretes. Hablaban de cómo sería casarse y tener hijos, de cómo sería no trabajar, y entre puntada y puntada contaban los días que quedarían para que la guerra se desvaneciera.

Pero Argentina seguía trabajando más que nunca. Y trabajando conoció al hombre que la pretendería durante un año, puntual, todos los domingos. Joven, apuesto, rico; nada de eso impresionó a una mujer con carácter que prefería a la gente sencilla de su pueblo al dinero y a vivir con toda comodidad en un sitio que no era su casa, el pueblo que la vio nacer. “Soy ambiciosa, pero no para el dinero”.

Y así, Argentina conoció al primer y único hombre de su vida. De allí, del pueblo, de toda la vida. Junto a él permaneció fiel, arando en el campo, criando a sus hijos y, en definitiva, sacando a la familia adelante. “Era mi obligación”. Todas las mañanas se sentaba en la parte trasera del camión recolector y esperaba a ser arrastrada al campo. A la derecha, su hija de dos años estaba sentada a su lado. A la izquierda, los aperos de labranza. Y en su regazo, un canastillo de mimbre con el benjamín de la casa.

Aún recuerda, nostálgica, el olor de la hierba seca, la bota repleta de vino fresco casero, el bocadillo de tortilla de patata a mediodía, sus manos agrietadas y tristes, y cómo cada día madrugaba más y se acostaba más tarde. “Pero, sobre todo, me acuerdo de aquel fatídico día en el que mi marido tuvo el accidente de tractor que le costó la vida. Fue, con diferencia, el día más duro de mi vida. Tanto, que los siguientes siete años apenas salí de la hacienda. No podía hacer otra cosa que no fuera trabajar y trabajar, porque trabajando me desahogaba. Trabajaba tanto que apenas tenía fuerzas para pensar en ello”. Cuando le pregunté si había querido mucho a

Recordar, compartir, aprender

su marido me contestó que no había sido enamoramiento, tan sólo conveniencia e intereses, pero que le había querido más que a nadie en el mundo y que, 40 años después, aún notaba su ausencia.

Lo que más me sorprende de esta mujer es, sin duda, su fuerza interior. Esa fuerza que le permite afrontar los problemas y superarlos, día tras día, año tras año. 29 operaciones de todo tipo viven en su cuerpo y no se ha quejado ni un poquito. “Me pasa de todo. Tengo ya hasta un marcapasos, pero sigo viniendo a jugar a las cartas todos los días. Me lo paso bien con mis amigos. Mis padres murieron ambos a la edad que tengo ahora. También mi hermana. Pero yo, si Dios me lo permite, no tengo intención de imitarles”.

Entonces le pregunté si aún le quedaba algún deseo por cumplir, imaginándome que serían muchos por lo que le tocó vivir. Cuál fue mi sorpresa que me miró a los ojos y me dijo con toda tranquilidad que quería una alhaja.

“¿80 años matándose a trabajar y sin embargo usted sólo desea joyas?”, no podía salir de mi asombro. “¿No hay días que, no sé, no le apetecería hacer un viaje lujoso en el que el resto trabajara por su plena comodidad? Se lo merece con creces”.

“Nunca me gustó viajar porque me siento muy incómoda si no duermo en mi casa. Además aquí tengo todo lo que quiero, vivo relativamente bien y está mi familia”.

Y pensándolo de vuelta a casa lo entendí. Las joyas simbolizaban el trofeo recompensa por tantos años de duro trabajo. Años tras los que, después de todo, no le queda absolutamente nada por hacer, ni tareas pendientes. ¿Puede haber una vida más plena?

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

La historia de Argentina al fin y al cabo no es una historia singular, de grandes hazañas ni trepidantes aventuras. No hace falta salvar al mundo todos los días para darse cuenta de las cosas importantes de la vida. Cuando le pregunté con qué se quedaba después de todos estos años me dijo: “La gente se obsesiona con tener vidas perfectas, quizás algunos lo consigan pero, francamente, no es lo normal. Y los que lo consigan se estarán olvidando de grandes pequeñas cosas por el camino. Puede haber días que desees morir, pero al final siempre se sale adelante. Hay que ser fuerte y luchar por lo que se quiere. Yo me quedo con mi familia, que es lo único que no ha ido y venido a lo largo de todo este tiempo”

¿Con qué nos quedamos entonces? Con una historia de superación, de lucha constante por sobrevivir, de esfuerzo y fortaleza incombustibles, de energía y vitalidad. Pero sobre todo, con una historia de amor sin amor, de lealtad y fidelidad contra viento y marea. Una historia de vivir.